



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Oikión Solano, Verónica

Reseña de "ARCÁNGELES. DOCE HISTORIAS DE REVOLUCIONARIOS HEREJES DEL SIGLO XX

"de Paco Ignacio Taibo

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXI, núm. 83, verano, 2000

El Colegio de Michoacán, A.C

Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13708313>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

titucionales han sido rebasadas por nuevos sujetos que le están imprimiendo otros sentidos y significados.

Miguel J. Hernández M.
El Colegio de Michoacán

PACO IGNACIO TAIBO II, *ARCÁNGELES. DOCE HISTORIAS DE REVOLUCIONARIOS HERREJES DEL SIGLO XX*, MÉXICO, EDITORIAL PLANEA, 1998, 360 p.

Francisco Ignacio Taibo Mahojo, mejor conocido como Paco Ignacio Taibo II, nació en la ciudad de México en 1949. Activista durante el movimiento estudiantil de 1968. Se autodenomina “prófugo” de tres escuelas superiores. Ha cultivado alemanamente la historia y la literatura. Fundador del género neopoliciaco en América Latina. Su producción literaria ha tenido reconocimiento en el extranjero a través de *New York Times*, *Le Monde* y *Los Angeles Times*. Recibió en 1986 el Premio Clavijero de Historia otorgado por el INAH. También se le concedió el Premio Internacional de Novela Plazuela Joaquín Mortiz y tres veces el Premio Dashiell Hammett a la mejor novela policiaca.

El libro que a continuación reseñamos es una muestra excelente del género biográfico. El autor rescata para la historia doce personajes en su

mayoría olvidados o menospreciados por la historiografía: Juan R. Escudero; Federico Adler; los muralistas mexicanos en un solo bloque (Diego Rivera, Xavier Guerrero, el francés Jean Charlot, el guatemalteco Carlos Mérida, Ramón Alva de la Canal, Fermín Revueltas, Emilio García Cabero, Fernando Leal, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco); Larisa Reisner; Sebastián San Vicente; Adolfo Abramovich Loffé; Buenaventura Durutti; Librado Rivera; Max Holz; Peng P'ai; Piero Malaboca y Raúl Díaz Argüelles.

Taibo logra un interesante equilibrio entre la imaginación del escritor y el oficio investigativo del historiador. El propio autor, en su nota preliminar, está consciente de los riesgos que ello significa, porque sus historias cuentan “con la timidez narrativa del historiador que de vez en cuando era sacudido un poco por la audacia apasandumburada del escritor”. Esto no le resta rigor analítico; por el contrario, su trabajo no está exento de una metodología novedosa alejada de los viejos esquemas de la historia de bronce de carácter apologetico. Hoy por hoy la historiografía debe reivindicar el género biográfico con el propósito de rescatar el perfil y la actuación de aquellos actores políticos y sociales que fueron participantes activos en la vida política de sus comuni-

dades. Sobre todo de aquellos personajes de los cuales la historiografía no se ha ocupado, o que intencionalmente ha diluido o borrado; personajes que merecen ser recuperados para la memoria histórica de sus propios pueblos. En este caso, se encuentran las figuras a las que se aproxima Taibo, por razones de Estado casi todos fueron eliminados de los textos de historia. Su trayectoria política, sus ideas, su perseverancia y su carácter tienen que ver con el elemento aglutinador de las doce historias. Es decir, con el afán por construir el cambio, por situarse en el centro protagónico de la Revolución. Nos dice el autor: “La unidad entre los personajes reunidos está más allá de sus propuestas ideológicas, aunque todos ellos se encuentran en el amplio espacio de la izquierda y en el camino sin retorno de la Revolución”.

El desafío que se impuso Taibo al reconstruir estas historias explora las nuevas tendencias de la historiografía biográfica cuyo punto nodal se refiere al equilibrio entre el personaje y su contexto histórico. En este caso, la narración del autor es fluida y brillante, y demuestra aguada sensibilidad en la confección de cada una de sus historias. La recreación de los ambientes en los cuales se mueven los personajes alcanza momentos de gran intensidad, permitiéndose trasladarnos a

la escena misma en la cual se desenvuelven los hechos. El resultado de todo ello es una fuerte cercanía e identificación del lector con cada personaje que queda al desnudo frente a sus ojos, por su tenacidad, por su fuerza de pensamiento, por sus ideales, pero sobre todo por sus acciones más arrojadas en pro de sus propósitos revolucionarios. Fueron hombres de carne y hueso que pelearon con las armas en la mano de la manera más intrasigente posible. Taibo nos los muestra a través de su militancia política, con sus actitudes incendiarias y llenas de contradicciones y bajo el impetu del romanticismo social y la integridad personal.

Las doce historias están tejidas bajo la óptica del análisis histórico y en la perspectiva de la política. Los personajes de estas historias son actores políticos que se mueven en los espacios definidos de la lucha social. Por fortuna, Taibo asume conscientemente el debate sobre el poder que en las últimas décadas ha tomado relevancia entre los politólogos y los antropólogos políticos, aunque no siempre los historiadores lo han recuperado para sus reconstrucciones historiográficas. En el fondo, las historias de Taibo hacen un serio cuestionamiento a los regímenes sociales y a los sistemas políticos, reivindicando paralelamente lo que para algunos

historiadores, con cierto tono despreciativo, no tiene sentido alguno y está *demoté*: “el elogio de la derrota”.

Cada personaje cuenta con una atmósfera efervescente porque en su búsqueda de la Revolución “fueron al infierno varias veces para encontrarla”. A través de las páginas de este libro, que por momentos nos parecen metafóricas, encontramos una narración consistente mediante la cual se han reunido personajes cuyo lazo de unión y punto de encuentro se refiere a su origen y posición de izquierda, aquella que el autor reconoce como única y precedente, “aquella que hace suyos todos los proyectos populares, todas las propuestas, todas las derrotas”.

Los protagonistas de este libro cuentan con un autor que ha realizado una investigación acuciosa que lo ha llevado a lo largo de quince años a la revisión, recopilación, confrontación, interpretación y análisis de una impresionante vastedad documental, hemerográfica y bibliográfica. Su seriedad en el oficio le permite ser un conocedor no sólo del contexto mexicano, sino también de otros lejanos horizontes (Cuba, España, China, la Unión Soviética, Alemania, Austria, etcétera) en donde se sitúan sus biografiados.

Con su bagaje cultural e historiográfico, así como con su afinada plu-

ma de escritor, Tabo nos muestra a los protagonistas de estas doce historias en su atmósfera personal y social. Por eso resulta de obligada lectura este libro si pretendemos conocer de cuerpo entero a cada uno de estos personajes; la mayoría de ellos mantenidos en las sombras, y por eso mismo calificados por el autor como “arcángeles herejes” del siglo XX. Esta pasarela política está teñida de tragedia porque es el símbolo de estas vidas atormentadas por la Revolución.

El libro inicia con la vida de Juan R. Escudero, quien con sus ideales magonistas, se rebeló de palabra y obra contra el poder de los empresarios, comerciantes y latifundistas gadupines, bajo cuyo control giraba la vida política y económica del Acapulco del siglo XIX y las primeras décadas del veinte. En aquel puerto guerrero encerrado en sí mismo, pues ni siquiera existía la carretera federal que lo comunicase con la capital del país, surgió el escuderismo bajo el liderazgo de su dirigente natural, con objetivos muy claros en la toma del poder municipal, a través de la movilización agrarista y la organización política representada por el Partido Obrero de Acapulco. Juan R. Escudero luchó contra los poderosos, y sobrevivió a su primera muerte. El político guerrero Alejandro Gómez Maganda fue secretario de Escudero

a la edad de trece años. En su libro de memorias *Torbellino. Un hombre de 30 años* (México, ediciones Quetzal, 1941), evoca a “Juan, simplemente Juan le llamaban chicos y grandes. Era el hombre milagro para los humildes, el brazo de la justicia, la Ley, la voz de los que queriendo decirlo todo no pueden decir nada”.

La segunda historia nos lleva al continente europeo, específicamente al momento previo del desmoronamiento del imperio austro-húngaro. Estamos en el año de 1914, Víctor Adler y su hijo Friedrich dirigen con ímpetu el proyecto político socialdemócrata. Pero la Primera Guerra Mundial divide a la socialdemocracia en dos grandes tendencias. Adler hijo hace oír su posición, negándose “a cualquier guerra imperial o colonial, no a las conquistas, no a la expansión de los mercados y el control territorial sobre la base de la carnicería”. Sin embargo, en el parlamento austriaco, Víctor Adler, junto con la mayoría, vota a favor de la guerra. Adler hijo acusa a su padre de traición.

A partir de este momento, Friedrich vivirá atormentado por la guerra, y decidirá finalmente realizar un acto insólito de graves consecuencias. En octubre de 1916 asesinará al conde Sturglk, personaje notable en el proyecto de reconstrucción del absolutismo austriaco.

A Friedrich Adler se le acusa de perturbado mental, él asume su defensa y demuestra que en el uso pleno de sus facultades mentales planeó y ejecutó el homicidio. Aprovecha el momento para explicar “su repulsa a la guerra”. Se le recluye en prisión, pero el gobierno no se atreve a fusilarlo por temor a la reacción social. Las nuevas condiciones nacionales y el ambiente europeo lo rescatan de la cárcel. Se ha iniciado en Rusia la Revolución bolchevique. Hacia fines de 1918, una serie de revueltas obreras desembocan en la declaración de la república. Se desmorona el imperio. Adler tendrá la fuerza por muchos años más para actuar en la dirigencia del Buró de la II Internacional.

La tercera historia lleva por título “El muro y el machete. Notas sobre la breve experiencia (1922-1925) del sindicato de pintores mexicanos”. A través de ella conocemos los pormenores de la creación del Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores, ligado desde su inicio al Partido Comunista Mexicano. Fue promovido por el liderazgo ideológico de Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, justo en los años en que los muralistas fueron contratados como “maestros de dibujo” por José Vasconcelos, flamante Secretario de Educación Pública, para llevar a cabo sus monumentales obras murales en el edi-

ficio de la Secretaría de Educación Pública y en la Escuela Nacional Preparatoria, ambos en el corazón del México viejo.

En el epílogo de la historia, el autor nos cuenta cómo terminó abruptamente esa intensa experiencia sindical de contenido eminentemente social y político. Sus integrantes estuvieron en el centro de la controversia, asediados tanto por la prensa oficialista como por una clase media de tintes francamente conservadores. Sin embargo, ese quehacer sindical, “contra viento y marea”, tuvo al final un logro importante: la creación de un periódico, *El Machete*, en cuya cabecera se leían unos versos de Graciela Amador, esposa de Siqueiros: “El machete sirve para cortar la caña, para abrir las veredas en los bosques umbríos, decapitar culebras, tronchar toda cizaña y humillar la soberbia de los ricos impíos”.

Con la historia de Larisa Reiser, Taibo nos vuelve a transportar a Europa, primero a la Polonia rusa en donde nace esta excepcional mujer que desde muy joven entra en contacto con intelectuales de izquierda. Conoce y estudia a profundidad a los clásicos del socialismo. Más tarde, su trayectoria política nos lleva al centro del estallido social en Rusia. Larisa penetra en el fondo de la Revolución bolchevique y al lado de los obreros

combate con un fusil alistada en el Ejército Rojo. Trotski, que la conoció de cerca, no deja de admirarla: “maravillosa mujer”, “figura de diosa olímpica”, “fina inteligencia aguzada de ironía y la bravura de un guerrero”. A lo largo de los años de la construcción de la utopía bolchevique, destaca su presencia, su arrojo, su militancia, su empecinamiento. Toda ella es “una pasión salvaje por la vida”.

Larisa muere muy joven, a la edad de 34 años, atacada por el tifo. La muerte, que la separa de la misión revolucionaria, la salva de enfrentarse a la vorágine estalinista que arrasa y destruye a sus amigos y compañeros bolcheviques.

Taibo nos cuenta también la vida de Sebastián San Vicente, quien fue un anarcosindicalista español que vivió en México a principios de los veinte. Llegó a formar parte de la dirigencia de la Confederación General de Trabajadores (CGT), y su labor sindical lo arraigó en Tampico por un tiempo. Fue aprehendido y expulsado en mayo de 1922 junto con Frank Seaman (representante de la Internacional Comunista en México). Pero muy pronto regresó a México con un nuevo nombre: Pedro Sánchez, “el tampiquero”, para continuar con su militancia sindical y apoyar diversas luchas obreras. Su captura no se logró sino hasta julio de 1923, fue enviado

en absoluto secreto al puerto de Vera Cruz y de ahí expulsado rumbo a España. Nunca más retornaría a tierras mexicanas.

En el siguiente relato, Taibo nos traslada de nuevo a la Unión Soviética. La congruencia revolucionaria de Adolfo Abramovich Ioffé lo lleva al suicidio. No conoce los alcances del estalinismo; se lamenta de ver cómo se ha usado al partido, y cómo se ha expulsado de él a los viejos militantes obreros y a sus dirigentes, entre ellos Trotski y Zinoviev. Su frustración se aúna a una vieja enfermedad que lo destruye, y prefiere el suicidio a la ignominia.

De nuevo en México, el autor nos ofrece otra historia de anarquistas. Corría el año de 1925. Buenaventura Durruti y sus compañeros, todos españoles y llamados “Los Errantes”, y con una trayectoria militante en su país de origen, planearon y llevaron a cabo en la ciudad de México el asalto a las oficinas de La Carolina, una empresa textil; en el evento participaron también el mexicano Román Delgado, de la juventud comunista anárquica y el peruano Alejandro Montoya, dirigente de la CGT. Sin embargo, el comité central de la CGT nunca se enteró de dónde provinieron los cuatro mil pesos, producto del asalto a La Carolina. Esos fondos fueron destinados a la fundación de una escuela ra-

cionalista, y para la publicación de un periódico, *Nuestra Palabra*. Las autoridades policíacas, por su parte, creyendo que habían descubierto a los malhechores asaltantes, arrestaron y pusieron presos a delincuentes comunes que no tuvieron nada que ver con el asalto a La Carolina.

“El regreso del último magonero” es la historia de los últimos años combativos de Librado Rivera, compañero inseparable de la lucha social emprendida por Ricardo Flores Magón. Después de una larga estadía carcelaria en los Estados Unidos, Rivera regresó a México para dar sus últimas batallas contra el Estado con un coraje inusitado a la edad de 59 años. Rivera no merecía la muerte que recibió, fue atropellado en la ciudad de México en 1932. Los anarcosindicalistas lloran su muerte implorando “que caiga sobre su tumba una lluvia interminable de flores rojas”.

Max Holz fue un alemán que descubrió su capacidad revolucionaria a la edad de 28 años cuando ha sido destinado al frente occidental durante la Primera Guerra Mundial. Ahí conoce de improviso a Georg Schumann que le hablará por primera vez de revolución y lucha de clases. Taibo descubrirá en Max “El estilo Holz”, cuya pasión será hacer y rehacer a cada momento y en el espacio alemán la revolución. Sus acciones llenas de

arroyo levantarán multitudes y lealtades. Holz es un convencido de la llama revolucionaria, de la agitación social, del motín, de la rebelión. Estamos en una Alemania convulsionada tanto en lo social como en lo político, entre fines de 1918 y los primeros años de la década de 1920. Su delirio por la revolución acaba en frustración al final de su vida.

Otro alucinado por la pasión revolucionaria fue P'eng P'ai. Un chino de familia feudal que logró rebasar su propio medio y romper con la mentalidad de la época para incorporarse a la lucha en los campos, para levantar ahí una conmovedora historia de movilización campesina. De hombres y mujeres que renacieron con las ideas transmitidas por P'eng P'ai; quien al lado de las masas estuvo en el centro de las luchas libertarias del pueblo chino. Fue asesinado en 1929. El revisionismo de la historiografía china lo relegó a un segundo plano en un intento por "dejar a Mao en solitario como la figura agrarista única". Por su parte, Piero Malaboca ha sido rescatado por Taibo, quien lo dibuja como un hombre de origen italiano alistado en las brigadas internacionales y regocijándose tras las trincheras españolas en la Batalla de Guadalajara en 1936. Su regocijo consiste en utilizar su viejo oficio de locutor

para increpar al enemigo fascista con su voz altisonante.

La última historia nos cuenta las ilusiones revolucionarias de Raúl Díaz Argüelles, un cubano que desde muy joven prefirió unirse al Movimiento 26 de Julio e involucrarse con las armas en la mano al despliegue de la Revolución cubana. Al lado del Che Guevara avanzó por las calles de La Habana en enero de 1959. Más tarde, se integrará a las brigadas internacionalistas, y quedará sin vida en África, en el fragor de la lucha emprendida por la Revolución angoleña.

Finalmente, hay que decir que este texto escrito por Paco Ignacio II resulta imprescindible para entender la pasión revolucionaria de un puñado de hombres de carne y hueso, movidos y alentados por sus fuegos interiores en sus distintos ámbitos de lucha política y social. La narración de carácter biográfico que hace Taibo de sus personajes es del todo sugerente para los historiadores que todavía creemos en las herejías revolucionarias del siglo XX.

Verónica Olkión Solano
El Colegio de Michoacán



AVATARES Y VIGENCIA DE LA MEMORIA INDÍGENA: ENRIQUE FLORESCANO. MEMORIA INDÍGENA, TAURUS, MÉXICO, 1999, 403 p.

En la perspectiva de Enrique Florescano la investigación histórica no es sinónimo de erudición al servicio de hegemonías políticas, o de capillas intelectuales defensoras de teorías refractarias a la crítica. He tenido el privilegio de presentar dos de sus libros anteriores: la edición revisada de *El mito de Quetzalcóatl* (1995) y *Ethia, estado y nación* (1997). Estas páginas (preliminares y esquemáticas) que reseñan *Memoria indígena* (1999), continúan, el análisis crítico de sus pesquisas, las cuales visualizo articuladas de manera secuencial a partir de un eje conductor: la noción de identidad en las antiguas sociedades mesoamericanas, examinada desde la dimensión de sus cosmovisiones. Desde esta "matriz nativa" (como él la llama), Florescano reflexiona críticamente sobre los orígenes de la problemática indígena contemporánea, marcada definitivamente por el trauma colonial, y agudizada al extremo en el contexto de injusticia social y discriminación del México de nuestros días. El conflicto entre el Estado-Nación y la memoria étnica tienen en el análisis un peso sustantivo, enfoque establecido originalmente en su libro *Memoria mexicana* (1987), cimiento teórico y con-

ceptual de sus ulteriores investigaciones. En esta obra fundamental quedarán definidos los propósitos que orientan su visión de la historia y su quehacer analítico indudablemente marcado por las ideas de Giambattista Vico respecto a la recuperación del pasado y su relación con la formación de la identidad nacional.

Memoria indígena es un libro organizado en ocho amplios capítulos, a los que se suman dos apéndices (sobre las ceremonias anuales de los antiguos nahuas, los textos indígenas que explican el origen del cosmos, la fundación de los primeros reinos y dinastías). El aporte crítico de este volumen se sustenta en 372 notas bibliográficas referidas a 342 libros y artículos consultados. A las fuentes de primera mano se suman actualizados estudios sobre arqueología, etnohistoria, historia y antropología social de Mesoamérica, como los de Linda Shele, Juan Pedro Víquez, Stephanie Wood, Alfredo López Austin, Leonardo López Luján, James Lockhart, Johanna Broda, John Mason, Catherine Good, etcétera. No se incluyen otros trabajos que, a mi juicio, serían pertinentes y los cuales refiero en páginas posteriores. Ilustran las 403 páginas del volumen 77 figuras y un índice analítico, tal vez insuficientemente detallado considerando la dimensión de la obra.